

Pasión Mortal

Anne Stuart

Pasión Mortal

Traducción de Ruth Guajardo



Phoebe

Título original: *Moonrise*

Primera edición: febrero de 2008

Copyright © 1996 by Anne Kristine Stuart Ohlogge

© de la traducción: Ruth Guajardo, 2007

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies
C/ Monteverde, 11
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-96952-10-2

Diseño de la cubierta: Javier Perea
Ilustración de cubierta: Franco Accornero

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal: M-1053-2008

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

Para Vicky Varvello, quien comparte
mi particular gusto para los hombres y las películas,
y que es un ejemplo de fortaleza bajo circunstancias difíciles.

Para Barbara Samuel, una escritora
con extraordinaria visión, talento e inteligencia.

Y para Audrey LaFehr, cuya sabiduría,
buen gusto e inteligente oído son inestimables.

Capítulo Uno

Ella no se daba cuenta de que se encontraba más cerca de la muerte de lo que lo había estado nunca. Se paró junto a la puerta de la destartalada cabaña, con la ropa de algodón blanco arrugada por el largo viaje. En otros tiempos, esa mano levantada que acababa de llamar a su puerta habría llevado un guante blanco immaculado y un sombrero habría cubierto esos suaves cabellos.

Él se encontraba oculto entre las sombras, vigilándola. Había elegido ese lugar, esa diminuta isla en la costa del golfo de México, por una razón: nadie podía acercarse sin que él lo oyera kilómetros antes. No había posibilidad de llegar hasta allí por la playa de rocas, y el estrecho camino que atravesaba la espesa maleza no conducía a ninguna otra parte.

Estaba tumbado en su hamaca, bebiéndose una botella de tequila, cuando había oído al taxi que se aproximaba. El viejo *Buick* de Teo era inconfundible para un hombre de su experiencia, por muy borracho que estuviera. Era extraño que alguien intentara acercarse a él en un taxi, pensó entrando silenciosa y rápidamente dentro de la casa. Solo cogió una pistola. Con una sería suficiente.

Al principio no reconoció la esbelta figura vestida de blanco que había salido del taxi de Teo con una maleta. Se preguntó

qué clase de armas llevaría exactamente dentro, y cómo se las había arreglado para pasarlas a través de los sorprendentemente rigurosos controles de la isla.

Debía de llevar algo más, pero por lo que podía observar, en ese cuerpo tan delgado no había sitio para nada, a no ser que fuera una pistola diminuta. Podría llevar un cuchillo atado al muslo, pero no tenía el aspecto de alguien que fuera experto en cuchillos, y su instinto, perfeccionado con el paso del tiempo, era infalible.

El taxi se marchó y se quedaron solos en el claro del bosque. La noche ya había caído, llegaba pronto en octubre, y la luna estaba empezando a salir, inundando el lugar con su luz plateada.

A la luz de la luna, la sangre fresca parecería negra.

Se quedó entre los árboles, tranquilo, relajado, pero alerta. Podía acabar con ella en cuestión de segundos. Para eso lo habían entrenado, eso era lo que mejor hacía. Podía traspasarle el cerebro con una bala, justo por detrás de la oreja, calculando la distancia rápidamente, y le haría explotar la cabeza.

O podría situarse detrás de ella sin que lo oyera. Aunque tuviera la misma formación que él, no podía ser tan buena. Nadie lo era.

Y la mujer era demasiado joven. Aunque fuera inteligente, no contaba con todos sus años de experiencia.

Se preguntó por qué dudaba. No había razón alguna para que alguien hiciera todo ese esfuerzo por encontrarlo, excepto para matarlo. Y su regla de oro consistía en acabar con los bastardos antes de que estos acabaran con él.

Lo habían intentado una vez, pero pensó que ya lo habían dado por perdido. Era obvio que no.

Levantó la pistola. No quería ponerle las manos encima: había pasado demasiado tiempo desde que había estado con una mujer y no era de los que mezclaban el sexo con los asesinatos. Una de las cuestiones era una necesidad básica que se podía ignorar si no venía al caso. La otra era su trabajo.

La joven subió los maltrechos escalones de la puerta principal y él se percató de que llevaba unos elegantes zapatos de tacón alto. Ningún asesino lo vendría a buscar con tacones.

Bajó la pistola lentamente y esperó. No se había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Ella llamó a la puerta y él descifró su lenguaje corporal a la luz de la luna. Estaba nerviosa. No, más que eso: estaba aterrorizada.

Así que la mujer tenía que saber quién y qué era. ¿Qué quería de él?

La curiosidad era un lujo que apenas podía permitirse. Tenía dos opciones: matarla o hacer que se marchara de allí.

Se había encargado de que no hubiera nada sospechoso en la ruinoso cabaña. Su alijo de armas estaba tan bien escondido que los mejores profesionales serían incapaces de encontrarlo. Podía ocultarse en la noche y esperar a que ella se fuera.

Estaba empezando a retroceder metiéndose la compacta *Beretta* por el cinturón y sintiendo la frialdad del metal contra su piel caliente, cuando ella volvió la cabeza. Un recuerdo le atravesó la memoria, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Sabía quién era.

La hija de Win Sutherland. La única y querida hija de su mentor, su padre adoptivo, la persona en la que había confiado y a la que había apreciado más en toda su vida. El hombre que le había proporcionado una nueva vida y un comienzo desde cero.

Y no había sabido el precio de todo aquello hasta que ya había sido demasiado tarde.

Pero ¿qué hacía Annie allí? No la había visto desde el funeral, y él había mantenido su máscara protectora durante todo el tiempo. La joven lo estaba pasando tan mal que apenas se había dado cuenta de que él había permanecido a su lado junto a la tumba, pero la verdad es que siempre se había asegurado de que ella apenas se percatara de su existencia. Era bueno en eso, bueno en ser como un camaleón. Era una de las razones

por las que se las había arreglado para sobrevivir durante tanto tiempo.

Pero ahora estaba allí. Y no sabía qué demonios iba a hacer con ella.

Había sido una estupidez ir, pensaba Annie, frotándose las sudorosas palmas de las manos contra la tela arrugada de su falda. Había tardado más de doce horas en llegar allí, estaba agotada y hambrienta, y le dolía la cabeza.

Pero lo peor de todo es que estaba muerta de miedo.

No podía pensar por qué se asustaba de alguien como James McKinley. Lo conocía de toda la vida. Había sido un amigo de la familia, el confidente de su padre, un hombre agradable y educado que no suponía una amenaza para nadie.

Había habido un momento en el que le había parecido más que eso, pero hacía tanto tiempo que ahora tan sólo lo veía como un sueño adolescente que apenas podía recordar.

McKinley se había tomado muy mal la muerte de su padre, casi tan mal como ella, y no era de extrañar. Su muerte no tenía ningún sentido. Winston Sutherland no era de esos hombres que no calculan bien el alcohol que son capaces de aguantar. Tampoco era de esos que se rompen el cuello al caerse por las escaleras de su casa de Georgetown. Y desde luego no era de los hombres que dejan que sea su hija la que encuentre su cuerpo a la mañana siguiente, ya rígido. Incluso muerto, controlaba totalmente las circunstancias que lo rodeaban.

Durante los seis últimos meses no había podido borrar esa imagen de su mente. Se le colaba en las pesadillas y no había nada que pudiera hacer para que no ocurriera. No podía haber bebido tanto. No podía haberse caído.

Pero sí que lo había hecho. Según la autopsia, la policía, las amables y capacitadas personas que habían trabajado con su

padre en sus diversos puestos gubernamentales, no se trataba más que de un trágico accidente. Había tenido suerte de que le dejara una buena herencia. Y por casualidad, ¿no estaría interesada en vender esa casa en la que su padre había fallecido y comenzar así una nueva vida?

Fue entonces, después de la primera oleada de dolor y negación, cuando empezó a sospechar que algo iba mal, cuando empezó a hacer preguntas. Y también fue en ese instante cuando empezó a reconocer las mentiras por primera vez.

Nunca antes se había dado cuenta de lo protegida que había estado. En sus veintisiete años de vida, no se había percatado de lo poco que sabía de la profesión de su padre. Burócrata, se llamaba a sí mismo, riendo. El trabajo cambiaba según las diferentes administraciones, pero esencialmente no era más que un “funcionario pretencioso”, le aseguraba él. Los títulos cambiaban, pero el trabajo seguía siendo el mismo.

Pero aparentemente su puesto no se había mantenido. Nadie había ocupado el lugar de su padre en el Departamento de Estado, y su pequeño despacho parecía haberse esfumado. Cuando por fin se había acordado de los nombres de sus compañeros de trabajo, se dio cuenta de que los habían mandado a los más remotos lugares del planeta, incluyendo al que había estado más cerca de Win que nadie, incluso más que su propia hija: James McKinley.

Si no hubiera sido por Martin, nunca hubiera descubierto a dónde había ido. James McKinley había sido el primero y el más cercano de todos los protegidos de su padre. Es más, Annie no podía acordarse de ningún momento de su adolescencia en el que McKinley no hubiera estado. Pero en los años posteriores, otras personas habían ido y venido.

Algunos le gustaban, había algunos incluso a los que había querido. Su ex-marido, Martin, era inteligente, encantador y respetuoso, todo lo que ella hubiera podido desear en un hombre o en un amante. Todavía no había logrado entender por qué no

había funcionado, cuando ambos habían luchado por ello. Había habido otros amigos, como Alicia Bennett, que había muerto hacía algunos años. Un número sorprendente de protegidos de Winston habían fallecido.

A algunos los había despreciado, como a Roger Carew, un hombre pretencioso con aspecto de sapo que siempre parecía estar burlándose de ella. Carew se había alejado de su padre, y si éste se había quedado decepcionado, nunca lo había dicho.

Y después estaba James McKinley. Si para ella Martin era más un hermano que un marido, McKinley era un enigma. Distante. Inalcanzable. Educado e irreal.

El hombre que conocía los secretos. Así lo había definido su padre hacía unos años. Si alguna vez ocurría algo, algo inexplicable, podía acudir a él para encontrar la respuesta, le había dicho Win en un extraño arranque de sinceridad.

Había tardado meses en acordarse. Pero ahora estaba allí, tras haberlo buscado con la reacia ayuda de Martin, en busca de respuestas.

Volvió a golpear la puerta. No quería decir en voz alta su nombre, ya que nunca había estado segura de cómo dirigirse a él. Su padre, a veces, lo llamaba Jamey, pero ese apodo había sido una broma entre los dos. McKinley nunca se hubiera podido llamar “Jamey”. Ese nombre era demasiado austero, demasiado remoto.

Martin y Carew lo llamaban normalmente Mack. Annie no lo llamaba de ninguna manera.

Lo intentó de nuevo. Estaba oscuro y le había dicho al taxista que se fuera, temerosa de que si le pedía que la esperara, se volvería atrás.

—¿Hola? —dijo, evitando todavía utilizar su nombre—. ¿Hay alguien?

—Justo detrás de ti.

Ella se dio la vuelta inmediatamente, golpeándose el codo con la puerta. No lo había oído acercarse y sintió por un instante

que el pánico se apoderaba de ella, al contemplar el rostro de un completo extraño a la luz de la luna.

—¿Qué haces aquí, Annie?

Después de todo no era un completo extraño. Reconocía esa voz, fría y distante, irritantemente tranquila. Pero no conocía al hombre que se encontraba tan cerca.

Era de la altura de McKinley, alto, más de un metro ochenta. Pero allí acababan todas sus semejanzas.

No se acordaba de haber mirado desde tan cerca a McKinley cuando había estado con su padre, al menos no desde años atrás. Sabía que era alto, que no podía concretar su edad, que era un ser anónimo, que llevaba elegantes trajes oscuros y que su apariencia tranquila le causaba irritación y una vaga tranquilidad al mismo tiempo.

Este hombre no tenía nada que ver con ese recuerdo. Su pelo debía llegarle a los hombros y lo llevaba atado atrás de manera que dejaba al descubierto su rostro sin afeitado. Sus ojos eran oscuros y llevaba unos pantalones cortos y una camisa abierta sobre el pecho. No había nada de educado en su apariencia. Al contrario. Parecía rodeado de un aura peligrosamente salvaje y olía a alcohol.

—¿Jamey? —preguntó incrédulamente, utilizando instintivamente el nombre con el que le llamaba su padre.

Él parpadeó como si le hubiera dado un puñetazo. Y después dio la impresión de que se enderezaba y que ese sentimiento de peligro desaparecía.

—Tu padre era al único al que le permitía llamarme así.

Ella sonrió vacilantemente:

—Win casi siempre se las arreglaba para salirse con la suya.

—No siempre. ¿Qué haces aquí, Annie? ¿Y cómo me has encontrado?

—Martín me lo dijo.

La muchacha pudo percibir cómo los hombros se le relajaban un poco. Unos hombros musculosos. Pensaba que sería de

la edad de su padre. Empezó a rebajar ese cálculo en al menos veinte años.

—¿Por qué? —preguntó él de nuevo con voz brusca.

—Quiero averiguar lo que realmente le pasó a mi padre.

Él se quedó mirándola fijamente un momento.

—Murió, Annie. ¿No lo recuerdas? Bebió demasiado, se cayó por las escaleras de atrás y se rompió el maldito cuello.

—No me lo creo.

—Le hicieron la autopsia. Estoy seguro de que te dejarán leerla, si tienes estómago para hacerlo, claro..

—Ya la he visto. Y sigo sin creérmelo. Alguien miente. Alguien está intentando tapar algo.

El silencio se impuso durante un instante.

—¿Y tú qué crees que pasó?

—Yo creo que lo asesinaron —respondió ella antes de que pudiera arrepentirse.

Estaba oscureciendo más aún, y pálidos rayos de la luna se filtraban a su alrededor. Su rostro estaba en la penumbra y ella no podía distinguirlo claramente. Sólo el brillo de sus ojos oscuros.

—¿Qué quieres de mí?

La joven se sorprendió de que él no negara la posibilidad de que sus sospechas pudieran ser ciertas.

—Tú eras su amigo —dijo ella—. ¿No quieres saber la verdad? ¿No quieres vengarte?

—La verdad es que no.

La chica lo miró y la frustración le hizo adoptar un aspecto desalentado.

—Pues yo sí. Y si tú no quieres ayudarme, tendré que arreglármelas sola. Voy a averiguar lo que le ocurrió a mi padre. No voy a dejar que me sigan mintiendo.

El hombre no se movió. A ella le pareció de repente, sin saber por qué, que estaba en peligro. En un gran peligro. No se atrevía a mirar a su espalda. Si lo hacía, sería como admitir que

estaba asustada. Así que se mantuvo erguida, aunque McKinley se encontraba tan cerca que podía oler el alcohol en su aliento. Notaba la tensión en el ambiente, procedente de su cuerpo tan sorprendentemente fuerte.

Y repentinamente, pareció que se desvanecía.

—De acuerdo —dijo él con voz fría, posando una mano bajo su codo en lo que debía de haber sido un gesto educado—. Puedes pasar. Hablemos de este asunto.

Ella hizo un movimiento brusco y después se quedó quieta.

—¿Eso significa que me vas a ayudar?

—Eso significa —continuó él con su voz ronca en la que se percibía un ligero acento del este de Texas—, que tú me vas a decir todo lo que sepas, todo lo que sospechas, y después veremos lo que se puede hacer.

Abrió la puerta de un empujón y a ella no le quedó más remedio que entrar en la cabaña en sombras delante de él. Una vez más, se resistió al impulso de mirar por encima del hombro.

Observó el interior mientras McKinley encendía la luz. Estaban en una pequeña habitación desordenada. Los muebles estaban raídos y rotos, y los platos se apilaban sobre la mesa. Se volvió a mirarlo bajo la débil luz.

—¿Por qué estás viviendo aquí? —le preguntó—. No es tu estilo.

En su boca se dibujó una débil sonrisa, en absoluto tranquilizadora.

—Claro, como tú me conoces tan bien... ¿no, Annie?

—Te he conocido durante casi toda mi vida —respondió ella a la defensiva.

—¿Cuántos años tengo?

Ella pestañeó.

—Estás borracho.

—No te he preguntado eso. Y de hecho —comentó, cogiendo una silla y sentándose a horcajadas sobre ella mientras se

servía un vaso de tequila—, todavía no estoy lo suficientemente borracho. No he hecho más que empezar con mi ración nocturna—. Llenó otro vaso y lo empujó hacia la joven sobre la mesa.

—No bebo.

—Esta noche sí —repuso él—. ¿Cuántos años tengo?

La muchacha cogió el vaso de tequila y le dio un pequeño sorbo. Odiaba el tequila, siempre lo había odiado.

—Pensaba que eras algo más joven que mi padre —admitió.

—Tu padre tenía sesenta y tres años cuando murió.

—Ya lo sé —contestó ella con irritación, bebiendo un poco más.

—Siéntate, Annie y dime cuántos años tengo.

—No tantos como yo pensaba.

—Dime, ¿por qué no crees que la muerte de tu padre fue un accidente?

—Me lo dice mi instinto.

—Dios —susurró él—. Intuición femenina. Si eso es todo, me estás haciendo perder el tiempo.

—Mi instinto es excelente. Mi padre siempre lo decía.

—Sí —asintió el hombre, vaciando de un trago su vaso—. Pero no es infalible.

—Hay algo más.

No podía imaginar que tanta tensión cupiera en un lugar tan pequeño.

—¿Qué más?

—En la casa falta algo. No me había dado cuenta hasta hace poco y estoy segura de que estaba allí justo antes de que él muriera. Había ido la semana anterior y había...

—¿Qué había, Annie? ¿De qué demonios estás hablando?

—Un cuadro. No lo tenía desde hacía mucho, pero siempre se encontraba junto a él. Decía que tenía un valor sentimental.

—Tu padre no es que fuera un hombre muy sentimental. ¿Cómo era el cuadro?

—Era de un santo irlandés raro. Nunca entendí por qué lo tenía en un marco de plata, pero dijo que contenía los misterios del universo.

—¿Eso decía? —preguntó él arrastrando las palabras—. ¿Y tú crees que existe alguna conspiración homicida tras una antigua pintura de un santo?

—Si no ocurriera nada raro no tendría por qué haber desaparecido, al menos no la semana después de que muriera.

—Has leído demasiadas novelas de misterio, Annie. Un trágico accidente y un cuadro de arte religioso desaparecido no convierten el asunto en una conspiración. —Se alejó de ella, moviéndose con la deliberada elegancia de alguien que intenta aparentar que está sobrio.

—¿Desde cuándo eres un borracho? —inquirió la joven de forma cortante—. Nunca te habías comportado así.

—Desde el dos de abril.

La respuesta quedó suspendida entre los dos. Ese era el día en que su padre había muerto.

Entonces ella se acercó, rodeó la mesa y se arrodilló frente a él, sin dudar siquiera.

—Tú lo querías tanto como yo. No podemos ignorar lo que pasó. Alguien lo mató, y tenemos que averiguar quién y por qué. Si no me ayudas, lo haré yo misma. Pero lo harás, ¿verdad?

El hombre le sonrió, y quizá quería que fuera un gesto tranquilizador, pero a Annie no le convenció. No lo conocía: intentaba encontrar a McKinley en vano, tras la barba de varios días y el peligro, tras el tequila y su sorprendente apariencia. Tenía que estar allí, en alguna parte.

—Oh, te ayudaré, Annie —le respondió con suavidad—. Obtendrás las respuestas a todas esas preguntas que te rondan la cabeza. Pero no estoy seguro de que te gusten.

—Que me gusten o no, no tiene nada que ver con esto. No voy a detenerme hasta que no sepa todo.

Él la volvió a mirar con una extraña expresión en los ojos.

—Sé que no lo harás —afirmó en voz baja—. Y lo lamento.

Iba a tener que hacer algo con ella. Estaba arrodillada a sus pies, mirándolo, toda inocencia y confianza. ¿Algo más joven que su padre? Por Dios, tenía treinta y nueve años. Estaba claro que había hecho su trabajo demasiado bien.

Annie tenía razón: la había conocido durante casi toda su vida. Desde que ella tenía siete años y él había irrumpido en su vida como James McKinley, recién enviudado y licenciado desde hacía poco. Dispuesto a seguir a Winston Sutherland a donde fuera y a hacer todo lo que él le mandara. Dispuesto a expiar los pecados que manchaban su alma. Era una vida que había llevado durante más de veinte años. Se había convertido en su segunda piel.

Sabía exactamente lo tenaz, obstinada y brillante que era Annie Sutherland. No lo dejaría así como así. No hasta que se enterara de la cruda realidad de todos ellos. Una verdad que el propio James no conocía exactamente.

Mientras Win había estado vivo, había sido capaz de ocultársela. Se le daban muy bien esas cosas: era capaz de atar un montón de mentiras juntas de manera que pudiera convencer al más experto. Con Annie jugaba con ventaja, claro. Ella lo quería, confiaba en él. Nunca se le hubiera ocurrido desconfiar de su padre, pensar que él era otra cosa de lo que aparentaba: un funcionario encantador, ligeramente estirado.

Pero Win ya no estaba allí para protegerla. Y ella había heredado su inteligencia, aunque no la utilizara para los mismos fines que él. Solo era cuestión de tiempo antes de que empezara a crearse unos cuantos enemigos peligrosos.

Eso no le incumbía, se recordó a sí mismo. Él ya estaba muerto, así que, ¿qué más daba si añadían a Annie Sutherland a su lista de víctimas?

Y la verdad es que no le importaba en absoluto que se enterara de todo el appestoso asunto. Ya había perdido todo interés en lo que estaba bien o mal, en quienes eran los malos y los bue-

nos. Había pasado demasiado tiempo de su vida ocupándose de hacer de justiciero para otros. Ya nada importaba.

Miró a Annie. Probablemente no tenía ni idea de todo lo que estaba pasando por su cabeza, de todo aquello que ninguna cantidad de tequila podía detener. Observó su esbelta y delicada garganta y pensó cuánta presión necesitaría ejercer para romperla. Sería fácil, simple, solo un giro de muñeca y ella y sus preguntas ya no representarían una amenaza para nadie.

No era una mujer especialmente llamativa: Winston se había ocupado de ello. Llevaba el largo cabello castaño claro arreglado de forma sencilla, su ropa no era muy atractiva y el maquillaje resultaba discreto. Si se arreglara con más cuidado sería una mujer impresionante, pero Winston se las arreglaba muy bien para manipular a la gente. Había deseado una hija que fuera atractiva hasta cierto punto, inteligente y que se encontrara fuera de su mundo. Una belleza glamurosa habría llamado demasiado la atención, así que la perfecta figura de Annie Sutherland quedaba oculta tras un corte de pelo descuidado y un estilo modesto, que era casi tan eficaz como la máscara protectora de McKinley, aunque él no fuera consciente de ello.

La miró y se preguntó cómo reaccionaría ella si le pasara la mano por detrás de la cabeza y empujara su boca hacia la cremallera de su pantalón.

Probablemente ni siquiera sabría qué hacer, pensó amargamente. Win había ahuyentado a todos sus novios, excepto a los más inofensivos. Sólo había permitido que se acercara a ella durante un tiempo su elegido, Martin. Nunca había sabido si Win había destruido su matrimonio o si simplemente había llegado a su fin por cualquier otra causa. Se dijo a sí mismo que nunca le había importado.

Al final, James no la tocó, porque no estaba seguro de qué es lo que habría hecho. No había ninguna prisa. Nadie podía acercarse allí sin que él lo supiera, y por el momento no se les había dado muy bien su caza y captura. Que Annie estuviera allí

ponía las cosas más difíciles, por supuesto, pero lo cierto es que habían permitido que llegara. A no ser que Martín hubiera sido capaz de ocultarlo, pero estaría loco si contara con ello.

—¿Por qué no le has pedido ayuda a tu ex-marido? —le preguntó repentinamente—. ¿O te la ha negado?

—No quiero la ayuda de Martín. Quiero la tuya.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos. Observó sorprendido, en su embriaguez, que una ligera capa de color cubría sus mejillas. Estaba ruborizándose.

—Annie —propuso, sintiéndose débil súbitamente—, vete a la cama.

Ella miró a su alrededor:

—¿Dónde?

—Hay una cama arriba. Utilízala tú. He bebido demasiado esta noche como para poder ocuparme de ti. Hablaremos de todo esto mañana.

—¿Quieres decir que me vas a ayudar?

Él se levantó, la cogió por el brazo y la hizo incorporarse. Era delgada, tenía el traje blanco arrugado, pero todavía podía oler en ella un ligero y sexy aroma. No la clase de perfume que él hubiera elegido para ella.

—Quizá —respondió—. Por el momento, haz el favor de mover el trasero y desaparecer de mi vista.

Entonces ella le sonrió. Dios, había olvidado su sonrisa. Había pasado mucho tiempo desde que la había visto, e incluso más desde que se la había dirigido a él. Seguía siendo igual de poderosa.

—Sabía que no me defraudarías —dijo Annie. Se inclinó y lo abrazó. Fue un abrazo sin ningún matiz sexual, y se apartó antes de que él pudiera actuar en un impulso de su borrachera.

—Yo no he dicho que...

—Hasta mañana. —Se apresuró a interrumpirlo escapando por las estrechas escaleras. Sin tener ni idea de por qué poco estaba escapando.

Era una casa demasiado pequeña. La habitación de la parte de arriba no era más que un altillo. Tampoco había ninguna puerta en su dormitorio.

En lo más profundo de su corazón, James sabía lo que iba a tener que hacer, y que todo el tequila del mundo no podría cambiar las cosas.

O convencía como fuese a la aguda e inteligente Annie Sutherland de que su padre no era más que un burócrata incapaz de matar a una mosca, que había tenido la desgracia de fallecer en un estúpido accidente... O tendría que acabar con ella él mismo.